

el acorde poderoso
que convierte en acento cadencioso
la borrasca febril del corazón.

Y se encuentra también en la presencia de aquella
dulce mujer

que es la gracia y es la luz de la vida
que ilumina, embalsama y embellece el hogar,

con quien se han vivido catorce años,

es decir, catorce días

y a quien se le dice con ternura:

Yo miento cuando te digo:
"te quiero cual te quería
en aquel dichoso día
en que me casé contigo",
.....
si ya no te quiero tanto,
es porque te quiero mas.

La presencia de esa mujer en el nido es causa sufi-
ciente para olvidar que

si un instante el espíritu revive
y el pensamiento erguido se levanta,
la luz de las pupilas se abrillanta
y un ángel viene a acariciar mi sien,
cobra mas ira la congoja horrenda,
redobla su furor, la luz se apaga,
nuevos despojos la tormenta traga
y el ángel huye sin piedad también.

De una delicadeza poco común es la estrofa cuarta de
las *Rimas*. el beso de la mujer amada, cuando ese beso es la
recompensa que recibimos por algo bello que llevamos a
efecto o es el bálsamo que se nos aplica a una herida del al-
ma, conmueve mas que todo lo que logra inspirar temor en
los corazones débiles:

Que se nutra el espíritu de sombras,
y escuche el corazón voces de muerte,
y tenga ante mi vista la esperanza,
y que me tenga miedo y que se aleje.
Que sienta sobre el pecho lacerado
el aguijón mortal de la serpiente,
discurriendo la sangre por mis venas
con el hervor maligno de la fiebre,
que la Gorgona misma ante mis ojos,
con su terrible faz se apareciese;

todo, todo a la vez; ya no es bastante,
no llegará jamás a conmoverme.
y me sentí temblar cuando imprimiste
aquel beso de amor sobre mi frente!

Las poesías que en este libro están dedicadas a cantar las hermosuras del hogar, son deliciosas: *Ausencia* en la cual llora porque se halla lejos de su compañera adorable; *Amores* endonde, con una sencillez incomparable, canta los amores de una chiquitina de quince meses con un rapazuelo que

muestra ufano
las pantorrillas
bajo los pliegues
de su batita;

Rimas breves, curiosa poesía de versos de dos sílabas en la que el poeta, en su insaciable sed de bien, aconseja al hijo del alma, amor hacia los niños que sufren y que lloran sin culpa alguna; *La abuela*, preciosas estrofas de versos trisílabos en las que entona laudes bien merecidos a la madre—dos veces—la plácida—abuela; por último *Nochebuena*, visión sentida de esa época inolvidable para niños y para viejos.

Todas esas poesías del hogar son delicadas, llenas de encantos sinceros, nada empalagosas y ficticias como lo son, por ejemplo, las poesías de ese fastidioso Juan de Dios Peza. Hay en ellas vida y mas que vida, alma sencilla, amorosa.


El pequeño volumen se cierra de una manera poco común: *Lágrimas de madre*, *El ángel*, *Dos juicios sobre la vida humana* y *La Rosa*, son traducciones directas del ruso, las tres primeras en verso, la última en prosa.

Del jardín fragante de la lírica rusa, Alfaro Cooper ha traído a nuestra lírica las bellas frases y los hermosos sentimientos de Nekrassof, de Lermontoff, de Pouchkine, de Filater y de Turgueneff. Esfuerzo que significa mucho en un país como el nuestro endonde se hace ostentación de ignorar todo lo que es arte, un país como acertadamente dice Rufino Blanco Fombona en el prólogo de la *Antología de poetas modernistas*, que no culmina como productor de arte y que en ese camino debe ceder la delantera a otros países, menos espartanos, menos beocios, cartagineses y fenicios.

En resumen, un pequeño libro hecho de páginas de vida, cantos de inspiración sincera y de grande espontanei-

dad en la forma, vibrantes de piedad y de cariño humanos, cantos de amor armoniosos que franciscanamente abrazan a la naturaleza y a toda la humanidad para celebrar la belleza de la vida.





OBRAS

De JOAQUIN GARCIA MONJE

Si en Aquileo J. Echeverría la lírica nuestra deviene nacional, en Joaquín García Monje la novela costarricense logra ser verdaderamente costarricense. Apartándose de modelos mas o menos lejanos, dejando a otros compatriotas suyos la fatiga de inspirarse en las literaturas europeas de mas aceptación, García Monje volvió los ojos hacia el pueblo en cuyo seno había pasado su infancia y su adolescencia; hizo acopio de observaciones acerca de lo que en el terruño es mas característico; vivió como Echeverría, la vida del *concho*, y la estudió con cariño, aislando lo que tiene de bello y de noble para constituir una nueva tendencia en las letras nacionales. Su anhelo fue, ha sido y aun es, el de ver implantada una literatura verdaderamente nacional.

Apenas salido de las aulas del Liceo de Costa Rica, endonde obtuvo el título de Bachiller en Humanidades, dió a luz su primera novela, *El Moto*, un ensayo feliz de regionalismo literario, que fue saludado con entusiasmo por todos los espíritus electos, enamorados de lo que es bello en la vida del campesino costarricense. Luego hizo publicar su segunda novela, que a mi juicio es la mejor, *Hijas del campo*, y por último, en 1902, algún tiempo después de haber partido para Santiago de Chile, adonde lo envió el gobierno de su patria a estudiar Filología, entregó a la curiosidad de los lectores su último libro, *Abnegación*. Después, nada; dedicado por completo, primero a sus estudios en el Instituto Pedagógico de la capital chilena, y mas tarde a las tareas de

profesor de Lengua Castellana en el Liceo de Costa Rica y en el Colegio Superior de Señoritas, no ha escrito ninguna obra de consideración. Algunos artículos suyos aparecen de cuando en cuando en los periódicos de Costa Rica, pero ya no tienen aquel carácter completamente costarricense que poseen sus tres primeros libros. Tal vez le haya desalentado la indiferencia glacial con que sus compatriotas reciben los libros de pluma costarricense; tal vez su retiro voluntario de las letras regionales sea un periodo de gestación, cuyo fruto puede ser una obra de orgullo verdadero para nuestra producción artística.

Sea lo que fuese, ese silencio dura demasiado. García Monje, como iniciador del movimiento regionalista en la novela nuestra, debe sentirse en el deber de continuar la obra empezada, debe comprender que sus tres libros—libros de adolescencia—no pueden estar solos. Su valor relativo es preciso que llegue a ser absoluto cuando a ellos sean unidos otros estudios de psicología nacional, en los cuales nos haga presentes sus dotes no comunes de observador sagáz y de impresionista acertado. Hasta hoy, la suya es una obra incompleta; sus libros son tres capullos de novela, hermosos, muy hermosos, que anuncian el advenimiento de algo de mayor consistencia y de iguales tendencias artísticas.

Es de esperar que ahora—después de su matrimonio con una genial señorita costarricense, artista delicada también ella—, en el recogimiento de un hogar lleno de encantos, encuentre la inspiración necesaria para continuar su obra. Tal vez de la unión de esas dos almas privilegiadas nazca la verdadera novela nacional, que desde hace tanto tiempo esperamos y que vendrá a hacer compañía a esa ave solitaria que se llama *Conchertas*.



José Blas, el protagonista de *El Moto*, era hijo de un campesino buenote que encontró la muerte allá por las Salinas, y de la señora Colaca, la rezadora de mayor fama que había en el pueblo de Desamparados. Cuando quedó huér-

fano a los seis años de edad, fue entregado a su padrino, don Sebastián Solano, quien lo hizo estudiar lo que es posible estudiar en un pueblecito como aquel y en una escuela como la de don Frutos, el maestro cuya figura es talvez una de las mejor descritas en el volumen. Mas tarde, José Blas fue dedicado por su padrino a recoger los diezmos que el vecindario estaba en deber de entregar al viejo don Soledad Guillén, quien a su vez debía enviarlos a la vecina capital de la República. José Blas era un poeta de esos que nacen espontáneamente en el seno de los pueblos, de esos que no saben lo que es poesía, pero que son capaces de decirnos en estrofas mas o menos perfectas los secretos de su corazón y que, burla burlando, os hacen una redondilla endonde, con la ingenuidad que les caracteriza, ponen en evidencia un defecto vuestro. Aquella facilidad para endilgar un cuarteto a cualquiera y la bondad que en todos sus actos manifestaba, conquistaron el corazón de la bella Cundila Guillén, una campesina «simpática, cuyas formas se habían desarrollado con la frondosidad envidiable con que rompen sus tiernas envolturas las matas de maíz».

Cundila amaba a José Blas; pero antes que su amor estaban el respeto y la obediencia a sus padres. Por eso no opuso resistencia alguna cuando su viejo genitor le dijo que debía casarse con don Sebastián Solano, el padrino de José Blas, un sujeto de edad bastante avanzada, quien, «advirtiendo que a pelo le caía una tajada como Cundila», no lo pensó tanto y la hizo suya precisamente en la época en que el pobre *Moto*, desgraciado como siempre, deliraba en su lecho a causa de los porrazos que le prodigó un maldito caballo azulajo, propiedad de *ñor* Sebastián.

Después de haberse visto en peligro de largárselas de este mundo, José Blas pudo levantarse, y apenas se sintió con fuerzas suficientes, fue a casa del cura don Enero, a quien había suplicado interesarse por él hablando a los *tatas* de Cundila; cuando el párroco le dió la noticia que era su muerte, el *Moto* no dió una palabra; herido en el alma se alejó lentamente.

«—Dónde vas?—le gritó don Enero.

«—A las Salinas... al fin del mundo... *pa* no volver.

Adiós, padre!

«Y la campana, con su alegre repiqueteo, parecía responder al último adiós del *Moto*, el cual, claudicando de la pierna derecha, partió al acaso, sin rumbo, sin volver la cabeza: iba abrigado en las sombras de la noche, por entre la red de veredas, al través de potreros y cercados.»

El argumento, como se ve, es de una delicadeza encantadora; pero lo que a *El Moto* concede un valor mas grande es la descripción del ambiente campesino costarricense. En aquellas páginas encontramos lo que allá, en el terruño y en la adolescencia, nos impresionó verdaderamente. Quién no tiene en su recuerdo un rincón para el maestro que «al mediodía, en las escuelas de aldea, salía al umbral de la puerta, y con la diestra sobre las cejas miraba la carrera del sol y calculando que serían las doce, después de las palmadas y el rezo de salida, hacía desfilar a sus discípulos, quienes marchaban para sus casas cantando el Santo Dios, santo, santo»? Y quién no posee en la memoria la imagen de las fiestas sencillas con las cuales nuestros campesinos celebran los días grandes, que para ellos son el día de la Concepción, el de la Santa Cruz y el del santo patrón del pueblo en que viven? Las *luminarias*; la *uruca* que llena el ambiente con aquel olorcillo suyo tan característico; los bailes, y en los bailes aquellas estrofas con las que el galán interrumpe la danza para decir una cosa dulce a su compañera:

Asomate a esa ventana,
linda cara, y te veré;
sacame una taza diagua,
que vengo muerto de sé.

y a las cuales la doncella «bien tapada, coloradita como una acerola, con unos senos de conformarse apenas con el olor, con un cuerpo de ver y desear», responde ingenua algo que diga lo que siente por su compañero:

No tengo taza ni coco
ni en qué dártela a beber;
sólo tengo mi boquita,
ques mas dulce que la miel.

Todo eso pasa ante nuestros ojos cuando leemos las páginas del primer libro de García Monje, libro que es una hermosa promesa de arte ingenuamente encantador.



La ciudad roba al campo sus mejores energías; con su vida multicolor, con la infinidad de impresiones que ella hace germinar en la mente del labriego, atrae a su seno a las chicas y a los chicos de las campiñas vecinas, para hacer de ellos los eternos esclavos de la existencia.

Los *conchos* van a la capital y a las ciudades de provincia en busca de independencia, como si en los potreros y en los cañaverales no gozasen de la mas pura de las libertades; van a la metrópoli deseando llegar a ser algo—ingenua ambición!—, aun cuando esas aspiraciones no tengan otro objeto que el de ser policía o soldado raso. Para ellos la mayor felicidad es la de poder escribir a sus viejos padres y a las novias que dejaron en la tierra nativa:

Desde antier me asendieron,
por jortuna, a sotacabo;
estrené nuevo uniforme;
y una varilla me han dao
como insinia del destino,
y el sueldillo me aumentaron;
ahora gano un peso dies
y no salgo a los mandaos,
lo que era una fregasón,
porque el teniente Naranjo
me espachaba, por lo menos,
veinte veces a trer guaro,
u a trer puros, u a pedir
un peso aonde los Campos,
cuando no onde los Quesadas
u aonde Rosendo Alfaro,

y lo demás que sigue y que el buen Aquileo con tanta fidelidad relata en su *Modelo epistolar*.

Ellas, las hermosas campesinas, van a la capital como amas de cría, camareras o cocineras de algunas casas acomodadas, cuyas señoras las hacen trabajar lo bastante para que se aburran del oficio y se den a la vida alegre, comenzándola, naturalmente, en los brazos groseros de un policial cualquiera o en los de un militar de grado mas o menos elevado.

Hijas del campo presenta uno de esos cuadros: Nieves, el mas honrado de los peones de una hacienda cercana al pueblo de Desamparados, va a San José, a la capital, siguiendo a Piedad, su novia, quien en compañía de una amiga suya, Casilda, había abandonado su hogar para ir a servir en una casa de la ciudad. Allá, él se hace soldado y en el cuartel aprende a ser vicioso y a no respetar la virtud de quienes son virtuosos. Su rebajamiento moral llega hasta el punto de engañar a su novia, la cual, desde aquel momento, se convierte en su querida y mas tarde en la de algunos compañeros de Nieves.

El cuerpo apetitoso de Piedad habría llegado a hacer las delicias de todos, si a su abuelo no le hubiesen hecho saber lo que le pasaba a su nieta adorable. El pobre anciano la hizo volver a su casita, endonde «comenzó para con ella la obra de regeneración; aconsejóla bien, inoculóla vacuna de cristiana enseñanza, purísima, y la quiso con amor de padre». Pero Piedad, que en el concepto de los mozos del terruño era fruta probada, se vió condenada, quieras que no, a la soltería perpetua.

En cuanto a Casilda, que tenía un alma de verdadera cortesana, aun en la época en que vivía en la pobre habitación de su madre, se hizo la amante del señorito de la casa endonde servía; tuvo un nido encantador que le regaló quien había robado su virginidad; fue señora también ella, poseyó un lindo juego de muebles de palisandro, felpudos de piel de oso, espejos biselados, un lecho de una riqueza extraordinaria; enfín, todo lo que podía halagar la vanidad de quien, desde pequeña, había sido muy vanidosa.

Mas tarde—el libro no lo dice—, cuando el amante se fastidie de ella, entonces la hermosa Casilda buscará el placer en los brazos de otros hombres, que pasarán como

transeuntes indiferentes después de haberla saturado de lascivia y de desvergüenza.

La novela, escrita de una manera sencilla, demasiado sencilla, tiene el carácter de una obra de tendencias sociales. Estudia uno de los problemas que mas deben interesar al costarricense: las energías, que son el tributo que a las ciudades hacen todas y cada una de las aldeas nuestras, deben ser protegidas. Es preciso impedir que el vicio se apodere de ellas, porque de sus esfuerzos debemos esperar mucho cuando sean energías frescas, sanas y libres de cualquier intoxicación moral.

Las ciudades nuestras deben buscar el medio de hacer de los campesinos que prestan el servicio militar—como soldados o como policías—, no esos vagabundos cretinos que tanto ridículo echan sobre la institución que se atribuye la defensa de la patria; no esos ignorantes ensoberbecidos que son casi todos los miembros de la policía de orden y seguridad, sino hombres verdaderamente útiles a las sociedades que necesitan de su ayuda para obtener el bienestar.

La lectura de este libro despierta en nosotros la compasión hacia las hijas del campo que «diariamente afluyen, por causas variadísimas, a la capital; que se corrompen lastimosamente y se avejentan tomando menjerges y abortivos». Nosotros, como uno de los personajes de la novela, ante aquellos cuadros que con tanta maestría nos presenta García Monje, nos detenemos, y silenciosamente consideramos «cuánto mejor sería para Costa Rica que en vez del agotamiento de sus robustos elementos femeninos, se viese en ellos a las madres fértiles, vigorosas, simiente rica de un momento histórico mas apetecible, con una raza, con un pueblo sanos, con una juventud valiente, elevada, pensadora, activa: con una juventud robusta como la griega, austera como la romana, soberbia y terrible como la polaca: con una generación admirable, de aquellas que son el esplendor de las naciones, la defensa del derecho, la realidad mas querida de los pueblos; de aquellas que, por cierto, la patria, afligida y mustia, casi yerta, para su salvación imprescindiblemente necesita».

Estas palabras que son las que cierran el libro de García Monje, demuestran lo que piensa su autor de la pa-

tria y lo que desea de los costarricenses para alcanzar el engrandecimiento de la pequeña Costa Rica.

Esta novela, como *El Moto*, está llena de preciosas descripciones de lo que sucede en la campiña costarricense y de algunas escenas de la capital de la República. Para cerciorarse de la fidelidad con que García Monje copia la vida de sus compatriotas, basta leer las descripciones que, en *Hijas del campo*, se encuentran de la Nochebuena en los villorrios nuestros, una de las fechas que el campesino *tico* celebra mas vulgar e indecentemente; de la pesca de *barbudos*; de la *cogida*, como llaman allá la cosecha del grano, que es la riqueza de la República; de los caballitos, diversión sosa y ridícula que en un tiempo fue muy gustada por las señoritas y por los señoritos de la sedicente aristocracia criolla, y que mas tarde pasó a ser la alegría de las criadas, de los soldados y de las mozas del partido; de las peleas de gallos, otro pasatiempo cruel que permitieron, en épocas aun no lejanas, algunos estúpidos gobernantes nuestros.

Hijas del campo es, sin duda alguna, la mejor de las obras que hasta hoy ha publicado el escritor costarricense. Del pueblo nuestro tiene la ingenuidad, la sencillez, la bondad. Es candoroso como nuestras *conchas*, y es, al mismo tiempo, malicioso, como lo son los mozos de la campiña *tica*.



El tercero y último libro publicado por García Monje, apenas si tiene un valor relativo, puesto que, comparado con los dos anteriores, produce la impresión de algo hecho para cumplir con un deber mas o menos simpático.

Abnegación, publicado en 1902, es el relato de la caída de una mujer, una campesina costarricense, la cual, seducida por las palabras dulces de un tenorio de a dos al cuarto, se le entrega en cuerpo y en alma. Después de haber hecho mujer a aquella virgen criolla, el seductor abandona el pueblo sin preocuparse por su amante, quien, como es corriente en las aldeas, endonde la chismografía es la ver-

dadera soberana, se vió obligada a dejar también ella el villorrio que la vió nacer.

Fue a la capital, y allá encontró a un hombre que la había amado con frenesí y al que ella había hecho sufrir con su desvío. El antiguo adorador, que sentía aun por ella un amor inmenso, se despojó de su dignidad y la hizo su esposa.

Tal es el argumento de *Abnegación*, un argumento que no es original, que hemos encontrado en quién sabe cuántas novelas extranjeras. Además, aun cuando fuese original el hecho que forma el alma de aquel libro, es preciso ver que no es una cosa posible en la manera que García Monje lo ha relatado. Piense un poco el autor que el enamorado Bautista Cedeño estuvo durante mucho tiempo viviendo lejos de la bella Lupita Blanco; recuerde que él ha estado durante ese tiempo en la capital de la República, donde otras mujeres mas listas y tal vez mas bellas pueden haberle ofrecido sus amores; ponga atención a que Cedeño estaba al corriente de las coqueterías de su amada; son detalles que hacen imposible la solución, por otra parte demasiado imprevista, que tiene la novela. Si hubiesen vivido juntos durante algunos meses; si ella con sus bondades le hubiese hecho olvidar su pasado—si es posible hacer olvidar a un amante el pasado lleno de vergüenza de su amada—; si él, arrullado con las canciones amorosas de Lupita, llegase a comprender la verdadera alma de aquella mujer, que cayó víctima de su propia inocencia, entonces sí podríamos aceptar el desenlace de *Abnegación*; pero así, a primera vista, después de haber contemplado por un momento aquellos ojos llorosos y de haber oído de los labios de Lupita la historia triste, no es natural que Cedeño la ofrezca su mano y su nombre.

En este libro hay un detalle acerca de los campesinos costarricense, que García Monje había olvidado en sus dos libros anteriores. Me refiero a la hospitalidad suya, a la facilidad con que abren sus casas y sus almas a los extranjeros, quienes, mas sabidos en las cosas de la existencia, a veces se sirven de esa misma hospitalidad para llevar la deshonra a aquellos hogares endonde fueron recibidos como amigos, como hermanos.

De la vida campesina, aparte de ese detalle, nos dice poco el libro en referencia. Tal vez su autor lo escribió sirviéndose de los recuerdos que de la existencia de los labriegos poseía en su mente privilegiada. Apesar de muchas bellezas que en *Abnegación* se encuentran, de ese libro se puede afirmar, después de haber leído *El Moto e Hijas del campo*, que es un hermano desgraciado a quien el autor, debido a una precipitación injustificable, privó de las hermosas escenas que forman el encanto de las dos primeras obras suyas.



Después de *Abnegación*, el escritor costarricense no ha hecho publicar ninguna otra novela. De vez en cuando en revistas y diarios de Costa Rica publica uno que otro artículo de tendencias diversas.

Con Brenes Mesén y con otros compañeros dirigió la revista *Vida y Verdad*, una publicación valiente cuyo objeto era el de decir la verdad sin temor a los dioses, a las instituciones y a los hombres. Bajo diversos seudónimos—la revista era anónima, no para herir en la sombra, sino para que la verdad fuese escuchada independientemente de los hombres que la declaraban—, García Monje criticó muchas cosas que merecían el anatema de quienes deseaban el perfeccionamiento de la sociedad costarricense. Fue inexorable, como sus compañeros de redacción, ante las costumbres lucrativas del clero y de la prensa; ante *los elegidos*, esa turba de ociosos sin ideas que en Hispano América cultivan lo que ellos satisfactoriamente llaman el arte literario; ante las hojarascas con las cuales allá en América se hacen las reputaciones; en fin, ante todo lo que nos ridiculizaba y aun hoy nos ridiculiza de una manera vergonzosa.

Los artículos que en *Vida y Verdad* escribió García Monje son de una potencia crítica extraordinaria, dejan comprender el espíritu de observación de que él está dotado. En ellos—siento no poder citar el nombre de algunos, debido a que no estoy autorizado para revelar los seudónimos

del joven literato costarricense—se da a conocer el escritor pulcro que sabe decir con firmeza lo que piensa acerca de las cosas y de los hombres que lo rodean.

Sin García Monje y sin Brenes Mesén, *Vida y Verdad* no habría logrado interesar a los costarricenses en la manera en que supo hacerlo durante su vida casi efímera.

*
* *

Páginas Ilustradas le contó mas tarde entre sus redactores literarios. De su paso fugaz por la redacción de esa revista, quiero recordar *Cuyeos y Majafierros*, una visión nocturna, fantástica, que provocó las protestas de algunos socialistas costarricenses. Es una página de mucha osadía y de mucha verdad. Es el sueño de uno que ansía morir, que invoca la muerte, la pálida y taciturna muerte, que a veces sonríe con sonrisas de novia. Lo que ve, lo que oye cuando de pie junto a la reja que circunda el cementerio, termina su invocación, le hace olvidar la idea del suicidio, le vuelve a la vida, a la hermosa vida que protege a quienes saben vivir, a quienes quieren vivir. Sólo los impotentes y los enfermos desean y deben morir.

*
* *

La prensa americana en general, y la costarricense en especial, vegetan sin provecho intelectual ninguno, sin procurar el desenvolvimiento de las facultades que poseen aquellos pueblos para pensar, querer y obrar y sin apartarse del egoísmo, que constituye una de las bases ruinosas de nuestra existencia moral.

El hombre es un animal que aspira, y para satisfacer esa aspiración, la sociedad produce y forma, junto a otros mas, un órgano perfecto que ha de responder al ansia del progreso de las colectividades modernas: ese órgano es la prensa.

Ella debe inculcar los ideales de trabajo, de constancia y de buena fe en los artesanos y en los profesionales de los países endonde ve la luz, por medio de artículos que interesen a la mayoría, dejando de lado esas cuestiones en que campean la oposición y la devoción sistemáticas en la política, en las ciencias y en la literatura.

No se me ha de negar que la satisfacción de pasiones encuentra ancho campo en nuestra prensa; que la política con sus cambios constantes hace balancearse los ideales de muchos diarios; que los comunicados que nos avergüenzan ante el extranjero se publican constantemente, y que en vez de divulgar saludables explicaciones acerca de diversos asuntos comerciales, agrícolas é industriales, se ceden las columnas a grupos de *snohs* literarios, quienes ávidos de fama buscan el medio de llamar la atención general con ingenuas confesiones de sus intimidades amorosas.

Esos hombres tienen un único objeto: hacerse notables por su tendencia a las divagaciones, a las argumentaciones nada científicas y a la poetización de las cosas mas prosaicas, haciendo de este modo inútiles las energías materiales e intelectuales que se aunan para la redacción, impresión y lectura de una hoja periódica.

Además, es cosa muy difícil contener o disminuir el contagio peligroso del criterio que esos personajes enuncian en sus escritos: una prueba evidente en ese cúmulo de literatos noveles, cuyos artículos aparecen diariamente, y de los cuales, después de leer dos o mas columnas, no se extrae una sola idea que merezca la consideración de los lectores.

El primer deber de la prensa es arrancar las malezas que cubren el campo en que han de operar sus ideas, para que así, en la lucha por la vida y por la verdad, el triunfo sea seguro y completo. Debía constituir ella sola un ambiente en el que las inteligencias libres de prejuicios respiren con confianza y puedan dar sus frutos, que en el mañana de la existencia aprovecharán al pueblo que hoy se olvida completamente, y al cual no se despierta sino allá en las épocas de elecciones con frases vargasvilesas, con las que se preconiza la soberanía popular.

García Monje, comprendiendo el bien que podía hacerse con una publicación que supiese elegir lo que publica,

que hiciese leer a los suscritores muchos escritos bellos de los mas hermosos espíritus antiguos y modernos, no pudiendo ponerse al frente de un diario, fundó una pequeña revista que con modestia llamó *Colección Ariel*, en la que concedió espacio a artículos interesantes debidos a las plumas de muchos distinguidos prosistas y poetas de todas las edades y de todas las naciones. *Ariel*, que es una revista mensual, de treinta y dos páginas, ha llegado a convertirse en una pequeña antología universal, en cuyas columnas el lector puede encontrar muchas cosas de verdadera importancia. Allí hay lectura conveniente para los espíritus cultivados, para los obreros de modesta cultura, para los jóvenes y las señoritas y hasta para los niños. La obra que García Monje ha emprendido con su *Ariel*, es digna de las mayores alabanzas, merece la aprobación de todos, y lo que es aun mas importante, tiene derecho a ser protegida por los costarricenses que aman a su patria y le desean prosperidad.

En cuanto a la prensa costarricense, que tan poco valor intelectual posee, está en el deber de imitar, en lo que sus fuerzas lo permitan, el esfuerzo del director de *Ariel*; así hará obra fecunda y verdaderamente patriótica.



Terminando estas breves reflexiones acerca de la obra literaria del jóven escritor de Costa Rica, no me queda sino augurar a la literatura nuestra que pronto García Monje sepa arrancarse del prolongado reposo en que vive, y que recordando sus primeros libros piense en darles uno o varios compañeros. Estoy seguro que de su pluma vigorosa saldrán obras, las cuales, mas que *El Moto* y mas que *Hijas del campo*, serán el orgullo de las letras centroamericanas.





OBRAS

De LISIMACO CHAVARRIA

Desde el momento en que decidí dedicar mis mejores energías literarias al cultivo de la crítica, de ese arte que nos obliga a ser al mismo tiempo benévolo como un misionero e inflexible como Bruto, pensé en hacer un estudio de la obra de Lisímaco Chavarría, el poeta cuya musa se puede comparar a

aquella alegre moza
que llevaba negror en los cabellos
y los pies aromados por la yerba,
y labios en botón;
aquella alegre moza
de curvas invioladas
que en el río se hundió hasta las rodillas
para salvar una blanca mariposa,
heliotropo viviente,
exótica viajera de otros campos;

el poeta cuyos versos son versos de un encanto irresistible y que forman un

canto dulce, tan dulce cual las pomas,
canto alegre, cual risas desgranadas
del labio de cristal de los arroyos,
alegre como el aura en las cañuelas.

Por que no lo hice hasta hoy? No lo se. Esperaba un momento de inspiración que me llevase a decir todo lo bello que de esas poesías debía decir; el momento ansiado llegó, desgraciadamente, porque el impulso que me hacía falta vino a dármele la noticia ingrata de la muerte del poeta querido.

Como Isaías Gamboa, el dulce bardo de quien mi

pluma dijo tantas bellas cosas en otra ocasión, Lisímaco Chavarría, cuando aun la juventud ostentaba ante sus miradas los mantos encantadores con que suele cubrir sus bellezas recónditas, sintió en la frente el beso frío de la fatalidad en forma de esa dolencia que no perdona: la tuberculosis pulmonar.

La aureola del amor circundaba aquella musa que hoy ha callado para siempre; nunca pretendió dominar con altivez y con ofensa para los demás, aunque muchos la miraron con indiferencia, hasta con despecho porque había sabido hacerse un nombre continental, porque había sabido cantar la naturaleza patria con la dulzura de los verdaderos poetas. Nunca se detuvo ante las pequeñeces de los hombres que no lo apreciaban, nunca contestó con odio a las sátiras que, en varias ocasiones, el alma bastarda de muchos de sus compatriotas, le arrojó al pasar; en la soledad, aunque habitara en la capital de la República, vivió siempre, ayudado por muy contados amigos, consolado por poquísimas voces cariñosas, sostenido por un número muy exiguo de brazos que se tendieron solícitos al conocer la desgracia del poeta. En la soledad, se puede decir, cantó con tranquila firmeza, trabajando día y noche en cincelar el pedestal sobre el que se levantará la gloria de su nombre.

Como las hojas de otoño que poco a poco van desprendiéndose de las ramas para que el tronco se robustezca durante los meses de invierno, así sus rimas se fueron desprendiendo de su alma para vigorizar, con el encanto melódico que tienen, la fama de aquel magnífico poeta de Costa Rica.

Empezó Chavarría su carrera literaria de un modo humilde, demasiado humilde: publicó en 1904 sus primeros versos en un volúmen titulado *Orquídeas*, bajo el nombre de su esposa doña Rosa Corrales de Chavarría; esta modestia fue criticada acerbamente y en verdad lo merecía porque no se comprende por que el artista quisiese probar los ánimos de la crítica costarricense poniendo como cebo el nombre de su compañera. La crítica fue favorable; si no lo hubiese sido, que habría hecho el poeta?

En este volumen hay muchas piedras preciosas: *De noviembre* tiene una estructura y un dejo sentimental muy parecidos a los que Stecchetti prodigó en algunas de sus Póstumas.

Para ellas es un manojo de flores perfumadas que el poeta dispersa

sobre esas fosas de ignorados restos,
sobre esas sepulturas apartadas
sin losas ni valiosos mausoleos,

que sueñan su sueño eterno bajo los sauces misteriosos cuya

hermosa cabellera
agitada de noche por los cierzos
produce largos ayes y rumores
y tristes misereres y lamentos.

Otra página bella de las muchas que forman este primer volumen de Chavarría es la titulada *Orquídeas blancas*, recuerdo hermoso de aquellos lugares endonde

levanta cadenciosa
incesante sus tumbos la cascada,
bañando los peñascos de granito
con bruñidos aljófares de plata

de aquellos lugares encantadores en los cuales

se mecen ostentando sus corolas
de néctar llenas las orquídeas blancas

En *Laocoonte* Chavarría hace una interpretación adaptada al genio, de la clásica escultura cuyas bellezas tan profundas influencias ejercieron sobre el arte del Renacimiento.

El genio, en todas partes, encuentra envidiosos que lo rodean con sus espiras como a Laocoonte y a sus hijos los rodearon las serpientes de Tenedos; la envidia es la compañera inseparable del genio, talvez a sus mordeduras se deba el florecimiento de tanta belleza en el artista. Quien no despierta a su paso, en las almas mediocres, la envidia, ese no podrá llegar muy alto porque es ella la que, al buscar la manera de rebajar los méritos, los ensalza humillándose.

En el volumen aparecen algunas *Concherías* a la manera de Aquileo, el verdadero poeta de los campesinos costarricenses; sin embargo ninguna de las composiciones que a Chavarría le inspiraron las cosas de los *conchos* puede compararse con las de Aquileo; hay en éste mas alma, mas vida, mas alegría; en Lisímaco no encontramos esa naturalidad

que es la característica de Aquileo; esto no quiere decir, sin embargo, que estén desprovistas por completo de valor, *Con fiebre, Idilio costarricense, Lejos del barrio y Egloga*.

Endonde Lisímaco derrama belleza es en la descripción de los cuadros ticos como el llamado *Las cogedoras de café* y el que se titula *Tardes campestres*, dos composiciones en las cuales hay mucha ternura, mucho entusiasmo y mucha vida costarricense.

*
* *

Pocos años después, siempre con el nombre de su compañera, publicó un segundo libro titulado *Nómadas*, colección de prosas y de versos prolongada por el maestro Zambrana. La parte de prosas no tiene valor alguno, son evocaciones de leyendas antiguas, fantasías egipcias, griegas y bíblicas que nada producen en el alma; a mi juicio, el artista debía haberlas dejado vivir la vida efímera de las revistas y no darles la consistencia duradera del libro.

Delicada es, entre las poesías que completan el volumen, aquel llamamiento al amor que un campesino le hace a su amada, en el que le enumera las bellezas del rincón agreste endonde los dos vivirán

solos, felices
cual viven en las montañas
las codornices.

Yo juera su novia, es una composición sencilla, llena de ingenua emoción en la que una campesina dice sus ansias de ser la novia del forastero que canta al son de la guitarra las bellezas de la amada ausente:

Yo juera esa novia
que mienta en sus versos,
pasina besalo, pasina querelo,
pasina quitale
tuiticos los duelos
que canta ese probe que vino de lejos.

Quini un paraiso es sin duda alguna la mas bella de las composiciones que, en este volumen, nos hablan del campo y de sus hermosuras; hay en ella algo de esa delicadeza

que satura de encanto las extremeñas del simpático poeta Gabriel y Galán.

Cierra el libro un collar de once sonetos de los cuales debo recordar *Tropical*, evocación hecha con pinceladas sinceras de un paisaje nuestro en el que

las palmas y los robles del bosque
balancean sus copas en la altura
y el río retorciéndose en la hondura
se va entonando su cantar salvaje.

y en el cual

ruge el viento azotando los cedrales
y se alza como un himno de timbales
la gigante canción de las montañas.

En *Las abejas* presenciamos el desfile de los insectos laboriosos que

recorren los jardines sin sosiego
como almas desprendidas de las flores.

Crepuscular y *La aurora* se completan, en el primero escuchamos las cadencias vibradoras que

rima la noche en su gigante lira
al fenecer la tarde en occidente

y en la segunda vemos al labriego feliz que en su bohío

desafia el rigor de vanas penas
soñando en contemplar sus trojes llenas
del fruto que ha de darle su plantío.

La catarata del Brasil inspira al poeta unas rimas; al borde de aquellas aguas que tejen

con las hebras de su plata
encajes para ornar los platanares

el artista hace un símbolo del

brío turbulento con que lanza
su fuerza de gigante al precipicio;

para él, aquello es una imagen perfecta del

triunfo imperial de la Pureza
en el trono usurpado por el Vicio.

Saturados de ánimo están las tres composiciones *Si lucha*, *La gloria dijo* y *A un luchador*; a Lisímaco le gustaba inculcar alientos en los que aman la lucha; al contrario de otros que se placen en poner obstáculos en el camino que recorren sus amigos o sus enemigos, el poeta amaba saturar de energías a quien tiene el valor del combatiente, asegurándole que en la ascensión hacia la esfera del ideal llegará victorioso, coronado de laureles recogidos en los campos de batalla. Para él es, digno de eternos lauros aquel

a quien el yelmo del valor escuda
y arrostra de los odios la inclemencia,
al que lleva por ristre la conciencia
y no desmaya en la contienda cruda;
al que salva la cumbre sin ayuda,
luciendo por pendón su resistencia,
a quien llega bizarro a la eminencia
del noble triunfo, tras campaña ruda.

Y asegura que de aquel que

caiga al pie de la pendiente,
sin vigor, de la envidia al golpe necio,
sólo el olvido ceñirá la frente.

Lisímaco fue de los primeros, nunca supo abatirse ante el golpe necio de la envidia que muchas veces hizo blanco en su nombre; al contrario, esos golpes saturaron su alma de energía para seguir hacia arriba, hacia la cumbre adonde llegan solamente los que batallan con la fe sincera del luchador valiente.

*
* *

El 1907 apareció, ya con el nombre de Lisímaco Chavarría, el mejor de sus libros, ramillete de sentidas canciones reunidas bajo un título sugestivo: *Desde los Andes*.

En este volumen canta Lisímaco el dolor en muchas de sus poesías; muy bien conoció el dolor el desgraciado poeta:

Yo soy el dolor! A todas las luchas asisto
y presto mi aliento, soberbio pegaso con
alas de luz.

dice al artista una sombra en *La estantigua del poeta*. Y mas allá en una de sus *Perlas grises* torna a afirmar que

el dolor es impulso, es brío, es fuerza,
cabalgadlo, que en él se torna altiva
toda alma flébil que el pesar retuerza.

Y tiene razón Lisímaco. Muy pocos saben la fuerza infinita del infinito dolor, puesto que muy pocos han querido soportar con firmeza sus embestidas puesto que son muchos los que, al ver dibujarse en el horizonte aquella silueta descarnada, prefieren callar las propias rebeldías y echarse de rodillas para besar con fruición inmensa lo que ayer mismo, con gesto tartarinesco, escupieron.

En este libro abundan las rebeldías, naturales en un ser como Lisímaco, cantos que son manifestaciones de fuerza, que son rebeldías de juventud sana que no sabe doblegarse ante nada ni ante nadie, que no teme el rugir de los aquilones y a la cual no arredra el dolor, son las rebeldías del alción que desafía la tempestad con brío, las imprecaciones de las almas que arrostran todo por amor a un ideal, los cantos de vida de quienes comprenden que, en este mundo, es preciso amar, amar con fuerza una idea hermosa.

Recordemos algunas de esas rebeldías sinceras que no pueden sentir quienes nunca las han experimentado, quienes al sentirse amenazados por la suerte, han preferido echarse atrás y seguir por los senderos florecidos endonde es preciso inclinarse demasiado para poder continuar la jornada.

Yo quiero la victoria conquistada
al tajo de mi esfuerzo en la pelea,
mas nunca la que se hace arrebatada
sin ganarla en el campo de la idea.

.....
Amo la fuerza del halcón que sube
después de herir al aspid las entrañas
amo el condor que asciende hasta la nube
salvando la altivez de las montañas.

.....
Amo el triunfo que lleva hasta la cumbre
aunque se gane con las alas rotas!

.....
No temo las tenaces embestidas
de la suerte; si llego a la cimera,
primero que vendarme las heridas
entonaré un hosanna a mi bandera!

.....
quizá como Luzbel, ruede al abismo,
pero irguiendo mis ojos a la altura.

.....

Predica tu sermón. . . Rompe la brecha
y deja a tus contrarios en fatigas;
la ruta de la Gloria tiene ortigas
que brotan en espléndida cosecha.

.....
tu tienes solidez cual las montañas
que se burlan del hambre del abismo.

.....
si osan herirte, la región escalas,
y abanicas la frente de los astros
con la pluma sedeña de tus alas.

.....
Las aves que nacieron en los Andes
destrozan en las nubes las serpientes.
Así las almas nobles,
las almas no rendidas por desmayos;
las aves que se posan en los robles
no temen las furores de los rayos.

.....
Arrostras de la inquina las centellas
y en las nubes desgarras los reptiles!

.....
El mar se encrespa, se alborota y muge
al sentir de los vientos el mandoble
y tiembla la arboleda. En tanto el roble,
enhiesto, hecho altivez, apenas cruje. . .

.....
Cese el canto a las náyades y flores,
el canto que se esfuma en vaguedades;
alza el grito triunfal de los condores
que miran con desdén las tempestades.

.....
Y si en tu sacra lidia
te aulla la impotencia de un necio,
al borde del abismo de su envidia,
enclávale en la cruz de tu desprecio!

.....
iré tras mi ilusión, cual don Quijote
redoblando mi afán en cada tumbo!

.....
Al mirto que florece sobre la enhiesta cumbre,
jamás del gris batracio lo mancilló la planta;
sobre el pantano impuro su imagen agiganta
la estrella que en el éter irradia su vislumbre.

.....
No bajes de tu cima, poeta: los condores
no buscan las tinieblas; prefieren los fulgores
y clavan las pupilas allá en la inmesidad.

.....
iré cual nauta valeroso y recio
cantando mi altivez en tus borrascas!

Para que citar más?

Su canto *Al arte* es de mucha belleza, en él entona sus estrofas devotas a aquella hermosa manifestación de la energía humana hacia la cual, en interminable peregrinación,

van los ungidos
los que sienten dantescas rebeldías
las almas soñadoras,

van los que buscan
sin descanso, cual otros israelitas
la hermosa Tierra Santa
que dora con su sol la Fantasía.

Su himno *Al Sol*, entusiasta canto endonde encontramos muy bellas imágenes y muy delicadas descripciones es, junto con aquella hermosa *Canción de las montañas*, el preludio del poema *Al trabajo*, poesía de sana inspiración cuya lectura es de verdadera influencia redentora,

fortalece, levanta, dignifica
a quien el Hado sin piedad oprime.

Bello, por la comparación que en él encontramos, es el segundo terceto del soneto titulado *Meridiano*:

y escucho entonces las salvajes notas
del ronco mar y miro dos gaviotas
hendiendo, cual mis dudas, el vacío.

En Setiembre, se titula un poema muy sombrío, muy amargo, una protesta valiente contra el orgullo de los hombres, contra el silencio de los cielos impasibles, siempre mudos, siempre sordos.

En *Las cogedoras de café* es encantadora la visión fugitiva de un amanecer campesino que encuentra su compañera en la delicadeza de *Aquella tarde*, poesía en la cual el autor recuerda las bellezas del crepúsculo aquel en que a la amada le dijo sus anhelos profundos.

Junto al yunque está saturada de energía, resuena como una voz de aliento para el obrero, a quien el poeta dice:

Tu no adulas ni imploras de rodillas:
por eso son gallardas tus canciones.
Eres fuerza rompiendo las Bastillas,
eres brío silbando a los Nerones.
Tu no adulas ni imploras a los grandes,
ni ofrendas al soberbio su agasajo,
porque puedes salvar hasta los Andes
en las alas gigantes del trabajo.

La lectura del poema *Los bueyes* del chileno Magallanes Moure le inspiró a Lisímaco una poesía, *Los bueyes viejos*, en la que puso el artista costarricense toda su alma al describir la inmensa pesadumbre de los trágicos rumiantes,

los hermanos inferiores que sufren con resignación las crueldades del hombre.

*
* * *

En nuestra Costa Rica endonde los libros se aprecian por el número de páginas que los forman, endonde los poemas son mas bellos cuantas mas estrofas contengan, tenía necesariamente que pasar en silencio la última obra que Lisímaco Chavarría hizo publicar: *Añoranzas líricas*. Es un folleto de pocas páginas compuesto de un solo poema vivido con toda la intensidad de que era capaz el cantor de nuestra naturaleza. Es, sin duda alguna, el mas bello de los cantos escritos por Lisímaco, aquel endonde derramó mas sinceridad y endonde encontramos imágenes mas originales y mas acertadas.

En el Preludio, especie de confesión ingenua, el poeta nos dice que después de haber rimado unos versos dolorosos y amargos, dolorosos como el alma de Becquer y amargos como las flores que en el jardín del mal separó de sus tallos la musa impaciente de Baudelaire, su amada le habló así: "Canta el Sol, canta las flores, canta los campos cuajados de retoños, la fuga de los becerrillos olorosos a leche y que congrega la tarde oculta esos dolores. Canta los maizales ahora en ciernes. Aprende la canción eterna del río. El giro de las brisas te dirá las églogas mas bellas, las mas dulces baladas. Pon en verso fuerte y grato la esperanza del labriego—la mejor de las esperanzas".

Todo eso canta Lisímaco en sus *Añoranzas líricas*; en su poema que es todo vida, todo amor y todo sinceridad nos recuerda que él es un labriego sencillo, sin pretensiones de ninguna especie, sin esa vanidad que los mediocres merodeadores del huerto literario le atribuyeron. Lisímaco, fue un espíritu ingenuo, hablaba de sus cosas con modestia, refería lo que de ellas decían los grandes porque necesitaba mostrar su agradecimiento y porque bien podía enorgullecerse de sus líricas.

Añoranzas líricas, es un recuerdo de aquellos tiempos en que el viejo padre del poeta

al ser el plenilunio, por las tardes,
en corro, bajo el cedro de la ermita,

hablaba de añoranzas
mientras iban los vientos de diciembre,
rigiendo las cuadrigas de las hojas
desprendidas del árbol.

de aquellos encantados tiempos en que el anciano

refería
la gran magnificencia de las rozas
alargadas en medio de los bosques
como un ofrecimiento,
como una rica ofrenda,
a los sudores de los hombres fuertes,
como una mano abierta
tendida hacia el labriego
cuajada de racimos y de espigas
rientes como núbiles doncellas.
como el quiebre del Sol sobre las aguas.
Hablaba de las siembras
del surco y las simientes,
de las lluvias benignas,
de sus fornidas y pujantes yuntas
y de una alegre moza
vivaracha que ornaba sus dos trenzas
con azules campánulas del soto
y con haces de flor de tamarindo,
de aquellos tamarindos del sendero
que rompe su carrera desde el barrio
y trepa hasta la cima de la cresta
a ver el bermellón de las auroras
y la sangrienta muerte de la tarde.

Lisímaco, en ese poema magnífico, entona loores al Sol

que nos envía
sus pompas en la tarde, cuando el viento
delira en los manglares
y juega entre las hojas de los mirtos

entona loores a la madre morena en la que

los sembrados
parecen mas alegres que la niña
que nos manda un adiós cuando volvemos
al campo de faenas;

canta el azul de las montañas, la canción de los jilgueros,

los caminos, los risueños caminos
que saben el cantar de las carretas
y conocen el oro de las mieses
rubias.....

canta los plantíos, el delicioso idilio de las aves, los cocuyos
que trazan

en la penumbra
dibujos luminosos cual si fuesen
pinceles de fulgor.

En ese poema de verdadero aliento poético, Lisímaco se nos presenta tal cual era: un hombre sólo amor para las plantas, sólo amor para las cosas, sólo amor, sólo alegría. En el oímos

la varia estrofa viva de la espuma,
el grato madrigal de los turpiales
que vuelan bajo el arco de las palmas

y nos parecè que vemos y que sentimos el perfume encantador de

las eras
alfombradas de orégano y tomillo,
mis lomas y mis prados
donde rompen los pájaros las piñas
donde rimaron himnos mis labranzas
en arpas de festones.

Este poema, semeja el caer del

crepúsculo en el valle
incendiando el orgullo de los montes
y abriendo un abanico en el ocaso
para decirle adiós a las praderas.

*
* *

Un mes después de la muerte de Lisímaco Chavarría, ocurrida el 27 de agosto próximo pasado, vió la luz pública su último libro, pequeño y bello: *Manejo de guarías*, nombre muy apropiado porque las guarías son flores encantadoras que resumen, en sus colores intensos, la belleza de todo un paisaje, la armonía de toda una bandada de pájaros canoros, la tenuidad de todos los perfumes varios que exhala una floresta costarricense. Así, como esas flores, son sus últimos versos, llenos de luz, de armonía, de perfume. Ese conjunto de poesías

aun viene con las gotas de rocío
que sobre él salpicaron las auroras,

por eso no están pulidas como debieran estarlo, talvez ese detalle le da, al volumen, el encanto que tiene todo lo que

las manos amorosas del artista abandonan, obligadas por la muerte traidora, sin haberlo acicalado como desearían sus íntimas aspiraciones.

En este libro se siente ese olor de vida que aspiramos en los cafetales nuestros, ese olor a tierra humedecida que es el heraldo de las futuras cosechas; sentimos el aroma suave de la reseda que perfuma las camisas de nuestras campesinas y oímos los tumbos monótonos que el mar rima en la playa al tiempo que los ojos ardientes de una ardiente morena de curvaturas hechas pecado, parece que surgen en nuestros recuerdos para volvernos locos como a los dos navegantes de quienes habla el poeta en sus estrofas tituladas: *En Puntarenas*.

Es en resumen, un libro de aromas de montaña, de brisas mañaneras, de olores de leche, de frescura de labriegos y de nativas cantilenas.

Antes que su espíritu se diluyese en el eterno ritmo de la vida, Lisímaco cantó sus anhelos hondos en una poesía que tiene todo el dolor de un adiós a la existencia:

Allá en el camposanto
que esmaltan las auroras de amaranto,
y las tardes de sándalo y carmín,
allá donde la hiedra
abraza con amor la cruz de piedra
anhelo ahora descansar al fin.

Allá donde los vientos juguetones
columpian los rosales en botones
y lloran al pasar,
allá donde los lúgubres cipreses
me esperan hace meses,
anhelo descansar.

En mi pueblo que doble la campana
bajo el oro del sol de la mañana
por este su nativo trovador.
En mi pueblo . . . y que manos cariñosas
me lleven a la huesa muchas rosas
cortadas con amor.

Mi cuerpo que se torne en pasionarias
que adornen las tumbas silenciarías
en las tardes de lumbre tropical,
es el único anhelo que hoy me inspira
y que siga la cruz siendo la lira
del alma mía que será inmortal.

A la obra de Lisímaco se le pueden hacer muchos reparos pero esa no es misión de la crítica, según la entiendo yo. Todo tiene su lado vulnerable; a las almas generosas, a esas que estudian lo bello endondequiera se encuentre, que se arrodillan ante los estandartes de lo artístico aun cuando esos estandartes los lleven manos enemigas, a tales almas no les place señalar puntos vulnerables.

Ningún crítico debe buscar el talón de Aquiles que quedó sin ser mojado cuando Tetis sumergió al héroe en las aguas sagradas; nadie, solamente un espíritu tan vulgar como el de Hagen puede dedicarse a buscar con la punta de la lanza, para herirlo allí, la parte de la espalda de Sigfrido endonde cayó una hoja de encino cuando el hijo de Siflinda se bañaba en la sangre del dragón.

Quiero ser, con el tiempo, un crítico estético, y no un crítico retórico; por eso no busco los defectos que puedan tener las rimas de Lisímaco Chavarría, en ellas he gustado muchas cosas bellas, de esas me acuerdo, las demás las recordarán los críticos retóricos que, de seguro, no tardarán en aparecer, si es que no han aparecido ya.

*
* *

Para terminar este estudio, recordaré una vieja parábola, parábola que no es de nadie y que es de todos.

En medio del campo crecía una esbelta encina que desafiaba con su follaje las iras de las tempestades. Ninguno de los transeuntes se detenía a contemplar las bellezas de aquellas frondas ni a escuchar las armonías que el viento producía al pulsar las arpas de aquellas ramas ni a encantarse con los gorjeos suaves de los pajarillos que en medio de las hojas habían fabricado sus nidos. Nadie se acercaba a su tronco porque las altas encinas atraen a los rayos y por que es peligroso ampararse a ellas en los momentos de tempestad; solamente de cuando en cuando uno que otro cerdo se acercaba al tronco para hartarse con las bellotas que la encina generosa había hecho caer para fruición de aquellos animales.

Pero vino una racha de fatalidad y tumbó a la encina; entonces los que antes habían pasado a su vera sin fijarse en

ella, al contemplar la superficie que cubrían, en el prado, sus ramas extendidas, dijeron: sin embargo era grande. Al descubrir los infinitos nidos que los pajarillos habían hecho entre sus hojas, exclamaron: sin embargo, era buena.

Y cada uno tomó un haz de aquella leña y se la llevó a su casa para calentarse; mientras gozaba de la tibieza que las ramas de la encina, al arder, le prodigaban, nadie se dignó concederle un recuerdo, un recuerdo no mas, al desgraciado árbol que, en el frío de la noche, se sentía mas helado aun, pues no tenía el calor inmenso que la madre tierra le daba. Y en medio de tanta soledad, una avecilla solitaria, gemía buscando en vano el nido que jamás volverá a encontrar.

Esa avecilla es, así me lo figuro en este caso, la lírica costarricense que busca en vano uno de sus nidos, el que fabricó en el corazón generoso de Lisímaco Chavarría.





ZULAI

Por MARIA FERNANDEZ DE TINOCO

En estos tiempos en que la literatura se ha hecho femeninamente femenina, en que los escritores de nervio han dejado pasar delante de ellos, a otros que mas que hombres, cuando redactan algo, parecen mujeres por las lágrimas fáciles y la musicalidad extenuante de que están saturados sus artículos, causa admiración una señora quien, con un volumen que de seguro no es el primero que ha ideado, se presenta con una fuerza, una energía, una fiereza dignas de un escritor ya hecho.

En una prosa que mas que de leche y miel parece hecha de duro mármol apenas herido por el cincel modelador; con un estilo que se mueve con ese ondular gracioso de las banderas y sin esa gravedad perezosa de las gruesas cortinas que cierran las puertas de habitaciones señoriales, *Apaikán* nos relata una historia indígena, llena de cosas delicadas, de hermosos sentimientos y de nobles rebeldías.

En este libro *Apaikán* nos recuerda aquella frase que Ricardo Wagner dejó escrita en una de sus obras; para el viejo cantor de las aventuras de los Nibelungos, en la grande vulgaridad moderna, son las mujeres quienes no dejan que sus almas se hagan áridas; quienes saben recibir, mas que los hombres, de toda cosa espiritual una impresión mas sincera y mas evidente.

Apaikán no pertenece a esa serie de mujeres que se creen literatas, que emborronan cuartillas y mas cuartillas sin sentir lo que escriben y sin escribir lo que sienten, las cuales de la feminilidad no conservan, en sus obras, sino la murmu-

ración, la vanidad y la mentira, en *Apaikán* no se siente el perfume penetrante de los polvos de arroz, ni se adivinan los matices acentuados de una fisonomía desfigurada por los afeites; la dulce autora de *Zulai* es una mujer que merece ser leída, es una alma femenina que escribe porque siente la necesidad de tender la mano a los desgraciados quienes ansían hacer bastantes confidencias al leer un libro endonde encuentran mucho del alma propia. *Apaikán* ha escrito uno de esos volúmenes, un volumen humilde, delineado apenas, pero que despierta en quien recorre sus páginas una impresión de intimidad, de afecto, de bondadosa frescura. Ha sabido concebir una leyenda delicada en la cual, de pie sobre el pedestal de oro del porvenir, parece un profeta que contempla las tempestades que desata el anuncio de lo que llegará a ser tarde o temprano.

Zulai es una joven ingenua de figura pequeña pero de esbeltas formas, de ojos negros y luminosos que lograron hechizar al cacique de la tribu, Kaurki, cuyos ojos amarillentos, cuyos pómulos pronunciados y cuya cabeza achatada la causan horror.

Su madre, Mamita Guaré, como la llamaban todos afectuosamente, es una mujer fuerte aún, constante, trabajadora y abnegada en el cumplimiento de su deber; el cacique para doblegar a la joven hace prisionera a la anciana y la dulce *Zulai*, al ver que la adorada madrecita suya no vuelve, se dispone a ir a buscarla. De camino encuentra a un amigo de infancia, Ivdo, el muchacho aventurero que sin despedirse había desaparecido de la tribu, hacía tanto tiempo; en una escena de sabor verdaderamente idílico se hacen mutuas declaraciones de amor, se ofrecen recíprocamente sus vidas y se juran fidelidad y ternura.

Sigue sola con paso lento, soñando cosas muy bellas cuando la despierta de sus ilusiones una escena aterradora: su madre está tirada sobre la piedra de sacrificios; fría, casi muerta: la han transformado en *bucurú*, es decir, la ha castigado con un maleficio la mano poderosa y vengativa del cacique. Mamita Guaré despertará de su sueño hipnótico cuando *Zulai* ame a Kaurki o cuando sin amarlo, acepte sus intenciones y quiera llegar a ser su cuarta esposa.

E Ivdo, su amado, le aconseja hacerlo así pero sin perder ninguna esperanza, el llegará el mismo día de la boda antes de que el sol se oculte. *Zulai* le obedece, implora la

compasión del odiado cacique transformándose al parecer, en mansa paloma la caprichosa cervatilla, promete ser la esposa de Kaurki el cual en pago despierta a Mamita Guaré del letargo en que se encontraba.

El mismo día de la boda, antes de que el sol se oculte, el cacique en la selva adonde había ido en busca de tigres y de dantas, cae víctima de una mordedura de serpiente. Zulai, ante el cuerpo exámine del odiado Kaurki, reflexiona, no sabe si verdaderamente fue una bocaracá la que envenenó a su esposo o si ese envenamiento es efecto del curare que Ivdo le prometió recoger en las selvas para emponzoñar las entrañas de aquel monstruo.

Llega Ivdo y con Ivdo, Zulai desea escapar pero en el momento mismo en que el anciano amigo Yurán provoca una grita para que los dos huyan, el sucesor de Kaurki, Irzuma, enamorado también de Zulai hace morir al atrevido joven y lleva a la desventurada doncella hacia el lugar endonde, junto con el cadáver del cacique, se harán arder las esposas suyas: Quetzalia, Guaraina, Huatla, Yami y, última de todas, Zulai. A esta quiere librarla el enamorado Irzuma, pero ella, altiva e imponente le grita, después de haber depositado una piadosa ofrenda en el lugar endonde fue enterrado su amor: "Rehuso la vida que me concedes, falso y cruel cacique, y te desprecio!"

El pueblo, gritando al sacrilegio, la amenaza furioso, la hiere haciéndola caer aturdida, de espaldas en la hoguera que, avara, la envuelve en sus ardientes espirales.

El relato de Zulai termina con un epílogo endonde la gentil autora presenta algunas conclusiones alegóricas. En Zulai hay girones de historia precolombina, de historia contemporánea y tal vez de historia futura del continente americano.

Mamita Guaré es el símbolo de la raza maya, que llegó de la soñada Atlántida en épocas lejanas; de esa raza maya descende el alma indígena de la tribu que habitó el territorio de Costa Rica representada elegantemente en la figura hermosa de *Zulai*. *Ivdo* es la personificación de aquella raza descendiente de la India que vivió siglos en la tierra centroamericana, que emigró hacia el Sur de donde volvió saturada de conocimientos adquiridos a fuerza de experiencia y de lucha. *Kaurki* simboliza la cruel raza del Norte que intenta sumir en un letargo a la valiente raza

maya, letargo que significa soborno, invasión, Ante ese intento Zulai se alza soberbia, obedeciendo a los consejos de *Ivdo* y de *Yurán*, el fiel sacerdote de origen egipcio, en el cual es preciso ver la representación de la raza que vivió en México.

Los bajos propósitos de una gente ambiciosa que bajo el oro de sus plumas oculta las garras de rapiña, los estamos viendo manifestarse a cada instante, en cada momento doloroso para las cinco esposas de Kaurki: *Quetzalia* (Guatemala), *Huatla* (Honduras), *Guaraina* (Salvador), *Yami* (Nicaragua) y *Zulai* (Costa Rica) y para otras tantas repúblicas sobre las cuales el ojo avizor del águila se ha fijado con insistencia.

Ante eso que parece el destino de las naciones centroamericanas, Costa Rica se alza soberbia, no acepta la mano hipócrita que para doblegarla recurre a medios indignos. La raza costarricense, como Zulai, rechaza con energía cualquier avance que el expansionismo de las razas del Norte crea necesario hacer. Ella no quiere escuchar jamás, pronunciada por los labios de sus valientes hijos la frase terrible: La Patria ha muerto! No, la Patria no muere, no puede morir: mientras por el mundo haya gente que se enorgullezca al sentirse llamada costarricense, mientras haya quien sienta palpitar con fuerza el corazón al escuchar el dulce nombre de Costa Rica, la Patria no ha muerto.

El egoísmo, la ignorancia o la ambición no harán de Costa Rica una de las mancebas de Kaurki ni tampoco de cualquier sucesor suyo; ante toda insinuación sabrá erguirse, defender su propia integridad, y si debe morir lo hará consumida por las espirales ardientes con que las llamas de la latinidad la envolverán. No cederá nunca; recurriendo a los hermosos ejemplos que la raza latina le ha dado en todas las épocas y en todas las naciones, sabrá libertarse de las garras del rubio opresor, muriendo por sus propias manos, frente al enemigo, quien como Irzuma la mirará consumirse, avergonzado, vencido.

Ese es el destino hermoso que la valiente *Apaiján* augura para nuestra pequeña Zulai. A nosotros los hijos de la dulce india de figura pequeña pero de esbeltas formas y de ojos negros y luminosos, nos toca hacerlo efectivo, nos corresponde librarla como lo hicieron *Ivdo* y *Yurán*, de las manos del extranjero ávido de conquistas fáciles.



HERCULES Y LOS PASTORES

De ROMULO TOVAR

Pocos son quienes en Costa Rica dedican sus energías artísticas al cultivo del ensayo como lo entendió Bacon, fundador del género y como lo han entendido, desde entonces hasta hoy, los mas grandes escritores ingleses, así es que no podía dejar pasar sin comentarios la publicación reciente que, de los escritos de un joven autor costarricense, hace la *Colección Ariel*: me refiero a la serie de ensayos titulada *Hércules y los Pastores*, de Rómulo Tovar.

El primer ensayo del volumen, el que da el nombre a toda la colección, es un ensayo lleno de una ironía sutil que delinea muy bien algo del pesimismo que embarga al autor. Por que pesa el mundo?, se preguntan los pastores de un rincón helénico, jugando con las propias imaginaciones. Y cada uno va dando su opinión, los unos, poco meditada: es el agua del mar la que hace pesado al mundo; los otros, mas sesuda: los imperios, las ciudades, Atenas, la Acrópolis, el Partenón, la estatua de marfil y de oro de Minerva, constituyen el peso y mantienen el equilibrio del mundo; el mas silencioso—los mas silenciosos son los mas acertados cuando hablan—opinó, como si recitara los exámetros sublimes del ciego sublime, que era la cabeza de Platón saturada de ideales hermosos la que hacía pesar el mundo. La inteligencia de Platón, la elocuencia llena de entusiasmos de Pericles, los versos mismos que los rapsodas iban entonando de isla en isla, eso es lo que hace el equilibrio del mundo, lo que lo obliga a ser denso, lo que le impide desvanecerse como una nube, como una tentación, como un sue-

ño. Pero el mas viejo de los pastores, irónico cual ninguno, agregó con un acento de sinceridad que traspasaba lo mucho que conocía a los hombres y lo bien que sabía apreciar su valor: "es el perro de Alcibiades lo que hace que Hércules no soporte el mundo por mucho tiempo sobre sus hombros". Y tenía razón aquel ingenuo viejo pastor; en el mundo pesan mas las charlatanerías de ciertos demagogos y las vanidades de muchos fracasados, que la inteligencia puesta al servicio de nobles causas y que la energía que combate batallas cruentas en pro de la santa humanidad. Parece que aquel viejo pastor de un bello rincón de Grecia hubiese presentado ya la sublime enseñanza del bíblico Vanidad de Vanidades.

La misma ironía que envuelve el final del ensayo titulado *Hércules y los Pastores*, la encontramos en el final de *El Sermón del Monte*; las lágrimas del Profeta son tan amargas como las imprecaciones del desventurado Job. Debe ser tan triste sentir el alma llena de las tinieblas del dolor cuando estamos, con nuestras acciones y con nuestras palabras, inculcando la luz de la alegría en los corazones de quienes sufren! Si la lepra de Job es merecedora de piedad, lo es mas aun la tristeza de Jesús al ver contestadás las frases de su hermoso sermón del monte, con las heridas y con las maldiciones del anciano Job.

Y ese llanto de Jesús, tan noble, tan sincero, es como un eco dulcísimo del llanto de los discípulos de Sócrates que presenciaron la muerte del Maestro, llanto que satura la página titulada *Una Escena*. Las lágrimas que derraman los buenos, lágrimas que son y que serán siempre causadas por la injusticia, tienen un sabor delicado, porque llevan diluidas la inmortalidad y la hermosura de los caracteres bellos; los malvados no saben, no pueden llorar porque su alma se avergonzaría si se viese arrodillada ante el dolor; para ellos existe la venganza, el inmenso placer de quienes no saben ser piadosos con los errores de los demás, la pitanza saboreada únicamente por quienes no conocen la tolerancia y el perdón.

Y quiénes son los buenos? El pesimismo de Tovar contesta a esa pregunta en el ensayo *Sobre la integridad de carácter*, ensayo muy denso en ideas y muy parco en palabras. La concepción que del mundo se ha formado el autor es la de que, entre nosotros, no existen, sino hombres que

alguna vez en su vida fueron virtuosos y que en las mas de las ocasiones se sienten adversos, por atavismo talvez, a la virtud misma. Para su alma atormentada por los pensamientos modernos, la justicia es un ideal, el bien es una nube que se desvanece con facilidad, el honor es algo divino, por lo tanto, algo alejado, lo mas posible, de lo humano. Son conceptos, solamente conceptos, que raras veces se ven transformados en realidad. Magistrados de la virtud no existen, vestales de la dignidad no existen tampoco, porque no abundan en la tierra los Jesús de Nazareth, ni los Francisco de Asís, porque esas idealidades no pueden existir—así lo afirma mi maestro Josué Carducci—en este mundo endonde los hombres no poseen ideas o confunden, con las ideas, las expresiones de pasiones bajas, los choques de intereses pequeños y bastardos, las chispas de ventajas mezquinas; no pueden existir esas idealidades en un mundo endonde se llama genio a la habilidad y se llama habilidad a algo peor, endonde la vergüenza se constituye en heraldo de la legalidad. Los que simulan ser buenos lo hacen porque así lo exige la mascarada humana, porque aparentar ser bueno es una manera de conquistarlo todo sin esfuerzos, sin luchas, sin derrotas; porque la mayor astucia es la virtud, porque el mas exquisito maquiavelismo es y ha sido siempre la verdad.

Y apesar de todo, seguiremos hablando de honradez, de bondad, de inteligencia y de integridad, aplicando esas palabras de abstracción a quienes menos las merecen; llamaremos honrado a quien siente en las manos el prurito de apoderarse de las cosas y de las ideas ajenas; será bueno, para nosotros, el que talvez allá en sus íntimas horas sienta miedo de sus mismas perversidades, y nos descubriremos ante la integridad de quien tiene su alma, como un junco, balancéandose al impulso de la mas delicada brisa.

Lo necesario es trabajar, trabajar de verdad, abandonando las palabras abstractas y concretando nuestros esfuerzos en la obtención de algo, así de un producto material como de uno espiritual. Eso deja comprender Tovar en su estudio titulado *Las manifestaciones valientes del hombre de campo*; todos somos, todos debemos ser útiles y por lo tanto apreciados en este mundo; el brazo que ejecuta no es menos digno que la mente que idea, el músculo del labrador que, al paso de la tarda yunta, abre la tierra para fecundarla, es tan valioso como la nerviosa y delicada mano del poeta que

impregna las almas con el perfume de su sensibilidad. La fatiga del cerebro que piensa es tan preciosa como la mano que se encallece; el taller es tan sagrado como la tribuna y como la cátedra; la pluma que vierte ideas y sentimientos, el cincel que modela curvas de belleza impecable, la lira que modula emociones en un lenguaje divino y el pincel que arranca mundos de la paleta, son instrumentos de tanta majestad como el pico que abre, en las selvas, los caminos de hierro, como la pala que, en las llanuras, ayuda al cultivo de las plantas, como el martillo que, en la fragua, canta su canción valiente al golpear sobre el yunque.

Nadie necesita las alabanzas de nadie. El concepto que uno posee de si mismo es lo que vale, la opinión de los demás es algo que no debe consultarse. La ignorancia necesita verse en la boca de los demás y en las columnas de los periódicos para convencerse de que vale, aunque sea poco. El exhibicionismo es la característica de la mediocridad; quien posee inteligencia es modesto porque las alabanzas las busca y las encuentra dentro de si y no siente nunca la necesidad de verse llamado por los demás con los adjetivos que la cortesanía ha inventado para contentar a los fracasados. Eso se desprende de la lectura del ensayo que acerca de *El genio* aparece en el volumencito de Tovar. No es hombre de talento quien cuando habla en público, cuando discurre alguna idea, por ínfima que ella sea, cuando escribe algo, necesita enviar a las revistas y a los diarios, artículos encomiásticos para las cosas suyas, creyendo talvez obtener de esa manera una brizna de la fama, su amada imposible. Así obran los inútiles, los que se sienten morir en la poquedad de su talento, los que naufragan en el inmenso mar de la propia insuficiencia.

Un pensamiento de Strauss inspira otro de los interesantes ensayos que Tovar ha reunido en este manojito de ideas bellas y de frases hermosas; me refiero al titulado *La naturaleza y el hombre*. La naturaleza no es un poder sospechoso, enemigo del hombre, ni es tampoco una madre cariñosa, amiga de la humanidad. Siguiendo la eterna ley del eterno perfeccionamiento, el hombre ve probadas, a cada instante, por las fuerzas naturales su energía y su resistencia; cuando triunfa, la raza se enaltece y da a luz a los héroes y a los dioses; cuando es vencido, la raza se envilece y da a luz a los histriones y a los cortesanos. La naturaleza

es la implacable seleccionadora, no es ni una amiga ni tampoco es una enemiga de la humanidad; sencillamente ama lo que merece ser amado y desprecia lo que digno de desprecio es.

La naturaleza le inspira a Tovar otro encantador ensayo: *La Montaña*. Impasible, al parecer muerta, la montaña es un modelo para una existencia pletórica de actividad; ella es una concentración de energías como lo es el hombre de buena voluntad; ella es una eternidad petrificada como la inteligencia bien intencionada es una eternidad viviente de la cual nacen imperecederos monumentos como los que se llaman la *Odisea* y la *Iliada* del legendario Homero, la *Gioconda* del sublime Leonardo, la *Divina Comedia* del divino Allighieri, el Partenón, la Victoria de Samotracia, la Tetralogía wagneriana, las sonatas de Beethoven, el David de Buonarroti, la América de Cristóbal Colón, el *Quijote* del Manco de Lepanto, el telégrafo sin hilos de Marconi y los dramas encantadores de Esquilo, de Sófocles y de Shakespeare.

El cortísimo ensayo titulado *En un margen*, es de mucho aliento, es la expresión enérgica de una inteligencia sana; recordando los resentimientos que el filósofo de los *Diálogos* tuvo con el historiador de la expedición de Ciro el Joven y con el rival de Demóstenes, nuestro autor hace notar que Platón no sintió inquietudes y celos por los esclavos sino que quienes lograron inspirarle tormentas a su corazón fueron siempre hombres de valor real cuyos nombres aun pregonan la fama con indecible complacencia. De esa observación deduce Tovar principios de verdadero valor, pues inculcan, en quienes leen, el desprecio por todo lo bajo, por todo lo que se arrastra, por todo lo que no puede experimentar emociones altas y abrigar ideas nobles. Quienes son capaces de apreciar el abandono de que son objeto por parte de la envidia reinante, encontrarán en ese ensayo muchas ideas que analizar y, lo que es más valioso, mucho bálsamo para las heridas recibidas y mucho aliento para continuar la ascensión hacia más nobles regiones.

El enorme Shakespeare con su delicada tragedia de Elsinor inspira a Tovar dos preciosas composiciones llenas de arte y de pensamiento, son la llamada *Las rosas se deshojan* y la que se titula *El Sepultero y Hamlet*. La muerte y el olvido embalsaman, con sus esencias penetrantes,

esas dos páginas que obligan a meditar en lo que se encuentra mas allá de la frontera de sombras de la vida. Los recuerdos que se olvidan, el olvido que se impone a nuestra mente como un recuerdo grato, nos impulsan a pensar que la vida es solamente una muerte lenta, algo que se va oscureciendo paulatinamente como, en el crepúsculo, se van apagando las encantadoras vibraciones del sol y se van desvaneciendo los matices delicados con que las nubes se engalanan para acudir a las bodas reales del día con la noche. La muerte es la vida; la vida es la muerte; ambas van a la par; la una sin la otra no puede existir; el olvido de los sucesos de la vida, el olvido de los mas bellos momentos de la existencia, de esos instantes que parecen imponerse a nuestra memoria como algo fatídico, ya es una muerte; los ideales desvanecidos, las esperanzas llenas de desesperanzas, las ansias no colmadas y las desesperaciones resignadas son también una muerte, una muerte que produce la vida, que produce el arte, que produce la ciencia cuando no engendra la muerte misma.

Y al contemplar esa lenta desaparición completa de la propia vida, estamos obligados a exclamar con la dulce doncella que halló el eterno descanso en las aguas de la laguna, flotando entre las rosas que deshojaba en su locura: Haber visto lo que he visto, ver lo que veo!

Tales son, en síntesis, las ideas y los sentimientos que el autor, de su ánfora colmada, virtió en las páginas de este pequeño libro enérgico endonde cantan las aspiraciones de una juventud fuerte, endonde perfuman las esperanzas de una bondad ingenua, endonde se perciben los delicados matices de una voluntad pronta para todo lo bello, para todo lo sensato, para todo lo útil.

